

## TIRANDO DEL HILO (Fragmento)

### I

Hay crímenes que permanecen impunes no por ineficacia de la ley ni por desidia de la sociedad, sino por la desazón moral que provoca escarbar en ellos. Son bombas dejadas al azar que un día cualquiera pueden acabar explotando en las manos de un incauto o de un temerario.

A veces, la temeridad, más que un rasgo de la personalidad, es una reacción aislada contra el asalto del caos en la vida organizada y rutinaria de un individuo hasta entonces pusilánime.

Sergio significó para mí la irrupción del caos, el final definitivo de una existencia predecible. Desde fuera, algunos podrían achacar mi cambio rotundo, mi supuesta temeridad, a la ruptura de mi matrimonio; otros, a la pérdida de mi empleo. Bien mirado, si hubo un culpable, fue la primavera y, sin lugar a dudas, la librería Canam, donde me había refugiado a matar la tarde mirando libros el día de nuestro primer encuentro.

Estaba en la sección de novedades en inglés ojeando *Fateless*, una novela de un judío húngaro, exprisionero de Auschwitz y Buchenwald, cuando él se detuvo a mi lado, frente a otra pila de libros. Era alto, delgado, de pelo oscuro, tez blanca sombreada por una barba cerrada y unos diez años más joven que yo.

Me turbé un poco y hasta temí que notara mi intención de robar el libro y, en consecuencia, mi precariedad económica. Para disimular, saqué las gafas y, en mi torpeza del momento, se

me cayeron, rompiéndose uno de los cristales. Él se apresuró a recogerlas.

—Gracias —balbuceé—. Suelo leer las primeras páginas antes de decidirme a comprar. Ahora ya no podrá ser —me arrepentí de inmediato de darle explicaciones.

—Déjame hacerlo por ti —dijo, cogiendo el libro de mis manos con suavidad.

Distinguí enseguida su acento colombiano (de Santa Marta, me enteré después). Un recién llegado, supuse por su corte de pelo anticuado y sus gafas de carey. Sin esperar aprobación, empezó a leer con una pronunciación perfecta del inglés. El arrullo de su voz aterciopelada me atrapó; la historia, la seguí con dificultad.

—Es muy inquietante —dijo tras leer las tres primeras páginas.

De ahí, nos surgió natural hablar sobre literatura de campos de concentración y, tras un rato de animada conversación, de repente, sin venir al caso, me soltó:

—Estás casada, supongo...

La intromisión absurda en mi vida privada y su tono impertinente, como de querer poner las cosas en su sitio, me indignaron. Recuperé el libro de sus manos y, forzando una sonrisa, me despedí:

—Gracias por la lectura... y suerte en la madre patria.

Una mezcla confusa de deseo, vergüenza y rabia me sobrevino en la cola de la caja. Pagué con la tarjeta de crédito de mi exmarido —cuyo uso debía limitar, en teoría, a casos de necesidad— y salí sin mirar atrás.

El cielo enrojecido del ocaso y el aire impregnado de olor a salitre me hicieron recordar de súbito mi ferviente anhelo de juventud de vivir en un lugar costero. Por desgracia, aquel logro ya no me producía ninguna satisfacción. Acabó significando lo mismo que las demás metas alcanzadas: la muerte de un sueño. Ese desengaño, unido a los fracasos verdaderos, me había llevado a desistir de todo propósito y a vivir la vida simplemente tal cual llegara. Y, sin embargo, en aquel momento, a punto de sumergirme en la boca del metro, deseé con fervor que aquel hombre turbador me hubiera seguido.

Entonces, como en los cuentos de hadas, una mano se posó en mi hombro. Era él. Llevaba una bolsa de la librería.

—Me influenciaste —dijo entresacando un ejemplar de *Fateless*.

Luego, con una timidez encantadora, se disculpó de su impertinencia en la tienda, achacándola a la desorientación y la torpeza propias del recién llegado.

Si bien más adelante pondría en duda la sinceridad de dicha explicación, en ese instante le creí, y me retrotraje a mi propia soledad y confusión de los primeros meses en Barcelona. Por aquel entonces —de eso hacía casi veinte años—, yo me iba detrás de cualquiera sonrisa, como los perros abandonados. Así conocí a un grupúsculo de colombianos con aspiraciones artísticas y tufo a aguardiente; a la hija de un poeta que mendigaba para pincharse heroína, mientras su padre iba por el ancho mundo recibiendo galardones y dictando conferencias; a un pintor que se fue a luchar a Angola como remedio a su mal de amores; y al mecenas de todos ellos, un galerista bondadoso sin criterio para

el arte, que malbarató una herencia millonaria en empresas quijotescas. Con el ánimo de salvar a mi joven compatriota —así quise entenderlo— de un comienzo semejante, acepté ir a tomar algo con él.

A pesar de la necesidad de compañía en ese período de mi vida, recién separada, sin trabajo y con una hija adolescente, y a pesar de lo mucho que Sergio me atraía, el motor de nuestros encuentros siguientes fue, por encima de todo, la curiosidad. Una curiosidad surgida, paradojas de la vida, de la decepción inicial de saberlo escritor. Mi larga experiencia como consejera editorial me había llevado al convencimiento de que la vocación de escritor en los jóvenes es tan frecuente e ilusoria como la de bombero o astronauta en los niños. Sergio parecía tomarse muy en serio su oficio: la única razón, me dijo, de su viaje a Europa era recabar información para su novela. De intriga era. Transcurría principalmente en Ámsterdam, su próximo destino. De ahí surgió mi interés, pues yo había trabajado varios años en aquella ciudad, y fue allí donde trabé amistad con la mujer causante del derrumbe de mi matrimonio.

La vanidad también desempeñó su papel en aquella relación tan desigual y peligrosa. Sergio era de esos hombres que resultan atractivos a toda clase de mujeres: lo bastante alto y fornido para aquellas que gustan de los tipos duros, y lo bastante grácil y esbelto para las que los prefieren delicados. Sus facciones ofrecían el mismo contraste: un mentón prominente, pero suavizado por unos labios carnosos y bien dibujados, y una mirada a la vez dulce y perspicaz. Me sentía orgullosa a su lado, aunque

no me hacía ilusiones. Era una aventura pasajera. De eso estaba convencida.

Al comienzo, pretendí engañarme —la mi edad!— con la utópica idea de una simple amistad. Él aceptó de buen grado mi decisión. Y la respetó. Pero yo misma rompí el trato un día que me sentía muy vulnerable. Jesús, mi exmarido, había pasado por casa temprano a recoger los últimos vestigios de nuestra vida en común. Se llevó todo sin piedad, salvo el violonchelo, con la estúpida disculpa de no tener donde guardarlo.

Cuando cerró la puerta tras de sí, me sumí en la desesperación más absoluta. En vano, quise tranquilizarme pensando en lo absurdo de derrumbarme de ese modo por una relación muerta hacía meses, desde que Petra se metiera en medio y dejáramos de compartir cama mucho antes que techo. La calma me la devolvió, al menos a medias, la llamada de Sergio. Quedamos en vernos esa tarde.

Si seguía llorando, pensé, acabaría con los ojos hinchados. Me levanté de la cama, donde había pasado postrada toda la mañana, y fui a la cocina a buscar consuelo en la comida. Me preparé una crepe de chocolate, pero la idea de perder la línea me agrió el apetito. En mi ranking personal de catástrofes, engordar figuraba por encima de la pérdida del trabajo y del marido. Tiré la crepe a la basura y opté por un café con leche desnatada, y me puse a fumar. Batí mi récord: diez cigarrillos en tres horas. Al menos el tabaco no me hinchaba los ojos ni el abdomen, aunque pudiera matarme de cáncer al cabo de los años.

Llevé a Sergio al café Aparicio, un bar de culto básicamente por su disc-jockey, un excéntrico que se daba aires de

compositor mezclando la música sin atender a estilos. Podía pasar sin empacho de Bach a Schönberg, a una samba, a un tango o al más rabioso rock and roll. El antiguo propietario de este café, un viejo amigo mío, biólogo de formación e *intrusista* en el mercado del ocio por necesidad, no había sabido sacarle partido. Lejos de desanimarse, probó suerte en la restauración, y por fin comenzó a ganarse bien la vida. Su ejemplo de coraje y constancia siempre resonaba en mi cabeza.

Nos sentamos en un rincón apartado, bajo la lumbre de un velador, y pedimos café americano, lo más parecido a nuestro “tinto” o “tintico”, como decimos los colombianos, fanáticos del diminutivo. Estimulado tal vez por este ambiente, Sergio abandonó en cierto modo su superstición de que los escritos en ciernes se tuercen si se airea su argumento. Digo en cierto modo porque no me habló de la novela en sí sino del personaje principal, inspirado en un alemán llamado Kurtz al que había conocido en la Guajira a los dieciocho años, cuando andaba huyendo de sus padres y de la obligación de estudiar. Trabaron amistad por su mutua afición a la poesía, porque ambos eran extranjeros en esa región, y porque el alemán no tardó en ofrecerle trabajo. Kurtz se dedicaba al negocio del contrabando, una actividad tolerada e incluso respetable en aquella zona.

—Creo que era un refugiado nazi —dijo con aire ausente—. Murió de un modo muy raro. Asesinado, tal vez. Nadie pudo demostrarlo o, mejor dicho, nadie quiso hacerlo, salvo un sobrino suyo de Barranquilla. Vino al cabo de unos meses a esclarecer los hechos sin ninguna fortuna.

—¿Pareció un suicidio, entonces? —pregunté.

— No. Un accidente. Kurtz sufría una enfermedad respiratoria que le obligaba a ponerse oxígeno cuando le entraban los ahogos. Tenía la cánula nasal puesta, pero la válvula reguladora estaba cerrada.

—Si era un nazi, ¿cómo es que eras su amigo?

—Llegué a esa conclusión después de su muerte, atando cabos.

—¿Y cómo es que tenía familiares en Colombia?

—Eso no viene al caso —me respondió con repentina brusquedad, y pasó sin preámbulos a interrogarme sobre mi exmarido y la nueva mujer en su vida.

Por entonces, desconocía el valor estratégico de sus exabruptos y aunque me sentí molesta, pudo más mi necesidad de confiar mis problemas a alguien ajeno a mi círculo. Me explayé como si hablara conmigo misma o en el sillón del psicoanalista, analizando a Petra desde diversos ángulos, en virtud de las muchas experiencias compartidas a lo largo de más de diez años de amistad.

—Eres muy fuerte —concluyó Sergio, y yo asentí por inercia.

¿En qué consiste ser fuerte: en aguantar con entereza los envites de la vida, en darlos sin compasión ni remordimientos, en perseguir con tesón nuestros fines...? En todo ello yo puntuaba bajo, pues la indolencia, el orgullo y el desaliento siempre me ganaban la partida. Por eso me sorprendía cuando alguien me consideraba valiente. Así les parecía a algunas personas por haberme embarcado desde tan lejos en la aventura incierta del exilio; otras, como Sergio, por juzgar con ecuanimidad a quien me había robado el marido.

Para eludir tantas incertezas reconduje la charla de nuevo hacia su amigo Kurtz.

—¡Cómo te escabulles! —exclamó riendo—. De acuerdo —añadió apoyando los codos en la mesa y adoptando un aire reflexivo—, te contaré cómo murió.

”Sucedió en su casa, en Manaure, una tarde de calor sofocante. Estábamos echados en unas hamacas en el patio, leyendo poemas de Jattin y bebiendo aguardiente.

”En esas irrumpió en el patio un forastero: un tipo rubio, quizá sesentón o algo más joven, alto y un poco encorvado. Su aspecto cansado y su traje de explorador europeo, polvoriento y arrugado, evidenciaban un largo viaje a través del desierto. No me sorprendió su llegada, pues Kurtz nunca cerraba la puerta de su casa y sus clientes y amigos entraban sin llamar. Sí me llamó la atención su sigilo, y la expresión de pánico de mi amigo. Corrí a buscarle su gas salvador.

”Muy alterado, se enchufó la cánula en la nariz y me ordenó marcharme con gesto imperioso.

”Aunque Kurtz tenía sus rarezas, siempre me presentaba a sus visitas, así se tratara de meros conocidos de negocios, y jamás me había tratado con rudeza delante de nadie. Me fui preocupado y me detuve en una cantina cercana, con la idea de regresar más tarde.

”Cuando volví, yacía muerto en la hamaca: tenía la mano aferrada a la cánula nasal, los ojos abiertos, el regulador del oxígeno cerrado, el libro de Jattin en el suelo.

”El médico diagnosticó paro cardiorrespiratorio. Aurelio, el jefe wayúu de la región, me prohibió hablar con él y con la policía sobre el extraño visitante para evitar conflictos con los

alijunas, como llaman los wayúu a la gente ajena a su etnia. Su intención, me dijo, no era encubrir a un asesino sino preservar su territorio de las leyes estatales, o sea, de los alijunas. No tuve más remedio que acatar sus órdenes: Aurelio era un hombre ecuánime y hasta bondadoso, pero como enemigo tenía fama de implacable.”

En ese punto, su relato fue interrumpido por la entrada al café de un vendedor de rosas africano.

El barman, un tipo con la corpulencia de un vikingo, dejó el vaso que estaba lavando y le salió al paso agitando los brazos.

—Fuera de aquí, por favor —rugió con una carga de autoridad en el gesto y en la voz que hizo sonar el final de la frase cuando menos ridícula.

El vendedor de rosas farfulló una súplica e hizo amago de dirigirse a nosotros. El barman, amenazador, volvió a señalarle la puerta. Gotas de agua le chorreaban por el brazo. El vendedor de rosas retrocedió, bajó la mirada derrotado y se marchó.

—¡Solo trata de ganarse la vida! —exclamó un joven sentado cerca de nosotros con una chica rubia.

—Yo hago lo mismo —respondió el barman, secándose sus brazos regordetes en el delantal como ave de rapiña que se afila el pico—. Si dejas entrar a ese, vendrán todos. Créame, por aquí hay más vendedores ambulantes y mendigos que en Barcelona entera. —Dicho esto, volvió a la barra y siguió lavando vasos.

—¡Racista! —le soltó el joven en voz baja. La mala fortuna quiso que la exclamación cruzara el aire justo en la pausa entre el alegre y el andante de la Quinta Sinfonía de Beethoven.

El barman se giró, la cara cargada de ira.

El disc-jockey, hasta entonces en su estado habitual de éxtasis, ajeno al drama del florista, volvió en sí y detuvo la música. Y como todos los demás, quedó pendiente del desenlace de la gresca.

—Oiga —chilló el barman—, a menos que su miopía visual iguale la mental, se habrá usted fijado en el camarero. Es dominicano. Está asegurado y le pago un sueldo justo. Usted debe de ser de esos cretinos que exigen ayudas para el tercer mundo mientras se atiborran de las drogas producidas en esos países, que son la causa de su ruina moral y económica.

—¡Esto es intolerable! —terció la acompañante rubia poniéndose de pie—. ¡Vámonos! —le ordenó a su amigo, que la miró asombrado y la siguió sin rechistar.

En el último momento, al cruzar el umbral, el joven se volvió y gritó, alto y claro:

—¡Racista!

El barman salió de detrás de la barra con la decisión de un toro. Dos camareros se interpusieron en su camino, intentando calmarlo; el disc-jockey, en una muestra de sensatez, llenó el aire con un adagio de Schubert. El barman se calmó. Tal vez sea cierto que la música amansa a las fieras.

Sergio y yo nos marchamos enseguida. La tarde caía y soplabla una brisa agradable.

—Buen argumentador, ese barman —dijo Sergio unas calles más abajo—. Pero el chico tenía razón: es un racista. Ni un perro merece el trato que le dio a ese pobre hombre.

Yo simpatizaba con el muchacho defensor del florista, pero no le quitaba del todo la razón al barman. En mis tiempos de estudiante, una amiga se fumaba sin consideración mi tabaco en

nombre de nuestros principios socialistas. Más adelante, se casó con un político aspirante a ministro y se olvidó de mí y de la palabra ‘compartir’. No dije nada para no provocar una de esas típicas y agrias disputas políticas entre colombianos. En aquel momento me acuciaban a partes iguales el deseo de besarlo en una de aquellas callejuelas malolientes del Barrio Gótico y el sentimiento de culpa de dejar tanto rato sola a Adriana, mi hija adolescente. Me la figuré tirada en el sofá viendo la tele en vez de estar haciendo los deberes.

Apresuré el paso.

—Te veo preocupada —dijo Sergio.

—Es por Adriana. No sé para quién son más difíciles sus trece años: si para ella o para mí.

Cuando llegamos a la boca del metro, él se ofreció a acompañarme. No quise aceptarlo. Me tomó la mano y, mirándome con una pasión que jamás vi en los ojos de Jesús, dijo: “Eres arrebatadoramente diferente”. Nos besamos. Primero con suavidad, luego con ansia, con fiereza.

Me ardían los labios todavía al entrar en casa.

Adriana estaba sentada en el salón con la tele apagada. Temí que estuviera enferma.

—¿Por qué no me dijiste que papá se marchaba para siempre? —chilló furiosa a modo de saludo—. ¡Sois unos hipócritas, unos cobardes! —Las lágrimas rodaron por sus mejillas.

Consciente de que cualquier respuesta acrecentaría su ira, me acerqué callada y me senté a su lado. Entonces ocurrió lo inesperado: se arrojó a mis brazos, anegada en llanto.

—¡Papá es un cabrón, un cabrón! —repetía entre sollozos.